

Sección Debate (*revista PH 108, febrero 2023*)

Debate 24: Paisaje y energías alternativas

Introducción

**Paisaje y energías alternativas**

Pascual Riesco Chueca | Escuela Técnica Superior de Ingeniería, Universidad de Sevilla

Durante buena parte del siglo XX, la energía fue un maná providencial que, convenientemente, acudía a gasolineras e interruptores desde sus escondidos lugares de nacimiento. La abundancia de recursos –fósiles, como el exótico petróleo, el subterráneo gas y el oscuro carbón; o complementarios, tal la hermética producción nuclear y la oclusiva hidroeléctrica– ponía mágico bastidor a las sociedades occidentales. El reciente giro hacia lo renovable es también un giro hacia la visibilidad y omnipresencia: eólicas y fotovoltaicas se derraman por el territorio, se incrustan en el marco vital, se hacen signatura de horizontes y relleno de campiñas. Se impone una reintegración a fondo, que acomode esta profusa presencia a las aspiraciones de calidad y belleza que deberían presidir la conformación del entorno vivido.

Por su instalación en el seno de nuestro habitar, no sorprende que el paradigma renovable haya tensionado –si no escindido– el campo de la sensibilidad ambiental. No se trata solo de cuestiones taxonómicas, por muy cargadas de consecuencia que estas vengan: ¿cuáles son, propiamente hablando, las energías renovables? Las simpatías ecologistas, que durante décadas vieron en solares y eólicas un talismán de futuro y un feliz antídoto del gigantismo hidroeléctrico y los proyectos nucleares, se dan de bruces con las dificultades de aplicar su propia medicina. A los males de lo intensivo suceden los de lo extensivo. ¿Cuál es el tamaño admisible de las nuevas instalaciones? ¿Dónde ubicarlas sin causar desgarros en el paisaje y alteraciones en el hábitat? Cuestiones de escala y de implantación que se sitúan en el corazón de una disciplina, la ordenación del territorio, y que revalidan la necesidad del encuadre paisajístico, más conciliador y menos cargado de controversia que el estrictamente ecológico.

Es inherente a la propia tecnología eólica y fotovoltaica, sumada a la voracidad energética de nuestra sociedad, el que los proyectos hayan de extenderse más de lo deseable. Una generación energética difusa y proliferante debilita el dipolo campo-ciudad, como en un masivo desembarco industrial difuso. Su potencial banalizador es aterrador, dado el carácter repetitivo, con piezas seriadas de idéntico diseño ajenas al paisaje local.

Una toma primera de decisiones dudará entre dos caminos, conceptualmente opuestos. Relegar las plantas de producción a sitios degradados, arrinconándolas hacia los segundos planos, lo distal e invisible; o darles voz, como orquestaciones susceptibles de generar nuevos valores, de marcar acentos en un medio transformado. La ya desmedida sobrecarga del territorio, escombrado de equipamientos banales, invitaría a lo primero; el principio de honestidad estructural, que exhibe los fundamentos para luego refinarlos, aconsejaría lo segundo.

Pero las políticas tenderán probablemente a cierto sincretismo, con dosis variables de ambas recetas. En tal caso, será preciso inventariar lugares propicios para esconder la generación energética: polígonos industriales, superficies comerciales, instalaciones mineras abandonadas, cuencas visuales de baja frecuentación... Y en el polo contrario, alumbrar cauces de armonía en lo irremediablemente conspicuo. Puede servir de guía la reflexión sobre una práctica artística contemporánea, la *instalación* –una pieza arbitraria entra en resonancia espacial por su ubicación estudiada; la relación fondo-figura deviene tema central de exploración–. La teoría del arte, aliada a la reflexión paisajística, podrá tal vez proponer direcciones para un radical momento transformador.